

tenor se había inspirado: «De Don Byas sobre todo», me contestó; «además, Don me ha ayudado mucho, pues siempre encontraba tiempo para enseñarme la manera de «mejorar».

¿Y cuáles son sus saxos tenor preferidos?: «Don Byas, Ben Webster, Coleman Hawkins, Lester Young... Con estos cuatro, se tiene lo mejor que se ha hecho con este instrumento».

También le pedi me citase a sus músicos preferidos en los otros instrumentos. He aquí los que nombró: Willie Smith (saxo alto); Roy Eldridge, Dizzy Gillespie (trompeta); Trummy Young, Tricky Sam (trombón); Art Tatum, Fats Waller (piano); Jimmy Blanton (bajo); Sidney Cattlet (batería); «en general, prefiero a los músicos antiguos», precisó Eddie Davis.

¿Sus discos favoritos? Son sobre todo las grabaciones de gran orquesta. «Los que me gustan, dice, son los de Jimmie Lunceford (principalmente *Margie*), los Count Basie de la vieja época, los de Chick Webb, Cab Calloway, Duke Ellington (*Cotton Tail*, con Ben Webster), los solos de piano de Art Tatum y también los discos de Fats Waller, sobre todo me gustan los discos antiguos; soy de la vieja escuela («I'm from the old school»). «Lo maravilloso en Fats Waller, es que no se sabe nunca qué va a tocar en el compás siguiente».

Yo no había oído nunca esta observación acerca de Waller, la cual es extremadamente justa. Bajo su aspecto sereno, fácil de escuchar, su música es muy sutil; multitud de notas, de acordes imprevistos se suceden en efecto, percibidos solamente por el oyente que sigue el desarrollo de los chorus con minuciosa atención. Muchos admiradores de Fats, sensibles a la belleza del conjunto (lo que es ya muy interesante), no sospechan del todo lo que hay de imprevisto en sus solos.

Eddie Davis es hombre muy amable, fogoso de espíritu y vitalidad. Su presencia en escena anima considerablemente a la orquesta de Count Basie, en la cual algunos miembros han abandonado súbitamente su habitual aspecto comedido. Cuando Eddie dice que es «de la vieja escuela», es igualmente verdad en su comportamiento. Lleno de naturalidad, de espontaneidad, vive intensamente su música y comunica su convicción y entusiasmo a quienes le rodean y a quienes le miran con simpatía y se divierten cuando emprende un solo.

Eddie Davis, es uno de los que han sabido mantener clara y centelleante la llama del jazz en nuestra época.

Trad. P. G.

Un fenómeno social único: El Jazz

Si hubiera sabido cómo reaccionaría el público, probablemente Hampton no habría interpretado *Flying Home*, y la policía holandesa no le habría detenido.

Para el director del Concertgebouw de Amsterdam, el hecho de organizar un concierto de jazz en la venerable sala donde nunca habían resonado más que los acordes de la mejor orquesta sinfónica de Europa, constituía una experiencia audaz. Durante la primera parte del programa, el público se contentó con algunas exclamaciones de aprobación, de balanceos siguiendo el ritmo y con aplaudir frenéticamente en las pausas.

Después, Lionel Hampton se volvió hacia su orquesta y pronunció el título fatal: *Flying Home* (El vuelo de regreso). Apenas habían pasado dos minutos cuando había gente bailando en la escena, que saltaba por encima de las butacas, una multitud de gente joven de menos de treinta años se precipitaba hacia el vibráfono de Hampton, como atraída por un imán. Pálido, pero digno, el director salió de entre bastidores, con los brazos extendidos en un gesto de interdicción. La orquesta cesó de tocar, pero Hampton y el público, arrastrados por el ritmo, no notaron nada. Entonces surgieron en la sala dos corpulentos agentes de policía, rodearon al arrobado director de orquesta y le condujeron a su camerino, donde pasó los tres cuartos de hora de su arresto, preguntándose qué le había ocurrido.

En París, Sidney Bechet ha desencadenado una ola destructiva en el Olympia, donde un público enfervorizado manifestó su entusiasmo, ocasionando perjuicios en la sala por valor de dos millones de francos.

En Londres, en el Club Cy Laurie, 600 adolescentes en trance, estuvieron bailando hasta el alba, exhaustos, a los acordes de una orquesta «Nueva Orleans». Algunos tuvieron que ser hospitalizados.

En Hamburgo, tuvo que intervenir la policía para evacuar una sala, donde los aficionados al jazz amenazaban con efectuar una nueva versión de la catástrofe del Olympia.

Si estas manifestaciones han dado tema a los periodistas y la ocasión a los mojigatos de elevar los ojos al cielo para murmurar: ¡Qué juventud!, o ¡Pobre patria nuestra!, también han servido para poner de manifiesto un fenómeno musical, social y psicológico, de todo punto único: el hechizo del jazz sobre un público asombrosamente vasto, que olvida las profundas diferencias culturales, nacionales y raciales al son de la música que más controversias ha suscitado en el mundo entero.

El alboroto, el frenesí y el vandalismo no son características de los aficionados al Jazz

Cuenta Simon Copans que, con motivo de una conferencia sobre el jazz

que dio en una escuela técnica, tuvo que pasar de conferenciante a «profesor» para lograr que se hiciera el silencio: entre el público, seis jóvenes particularmente excitados, sofocaban su voz. Sus rostros se le antojaron vagamente familiares. Quiso recordar dónde los había visto antes.

De pronto les localizó: en el concierto de Bechet, en el Olympia, sentados delante, habían estado esos mismos seis fanáticos. Una vez hubo terminado la conferencia, Copans les preguntó el motivo de su reacción tan... vigorosa al jazz.

—¡Oh, poco importa el jazz! ¡Vamos para poder «armar jaleo»!...

Significativa anécdota, que ilustra la habitual paradoja de las tendencias: los que hacen hablar de un arte, por manifestaciones alborotadoras, suelen ser los que menos lo comprenden. Curbren de descrédito y ridículo lo que pretenden adorar. Los auténticos aficionados son menos demostrativos, pero se cuentan por millones. Son los que compran los discos, escriben a las revistas especializadas y a las emisiones de jazz, siguen los conciertos, adonde no asisten los alborotadores. Los primeros están tan «civilizados» como los fervientes admiradores de la música clásica. Como máximo se permiten llevar con el pie el compás en los momentos de «entusiasmo» de la orquesta. Pese a la opinión que merezca a los que se niegan a considerar el jazz como una música digna de este nombre, esta forma musical provoca en el buen aficionado el mismo «deleite» que un concierto clásico. Que vibren otras fibras, es innegable, pero el entendido sabe apreciar el valor de una improvisación o de una armonía, tanto si escucha a Mulligan o a Armstrong, a Bach o a Debussy.

Los nuevos discos...

Viene de la página 2

bada la versión original del número que va a ser interpretado. De todas formas hubiera sido más interesante dejar decir a Louis Armstrong lo que le viniese a la imaginación referente a estas interpretaciones. Afortunadamente, lo hace de cuando en cuando, añadiendo algunas palabras al texto. Cuando se conoce bien a Louis, se adivina enseguida lo libre que es su lenguaje: primero porque se sale de la banalidad, después porque cambia el tono. Pops habla siempre de una forma muy vivaz, aun cuando lee un texto más o menos insignificante. (Es asombroso oírle animar hasta este punto lo que se le ha dado a leer). Cuando improvisa, hay aún más calor en su voz, en su recitar; alguna cosa se ilumina en él y se tiene la impresión de verle sonreír.

Trad. P. G.